

## LEYENDA DE SAN NICOLÁS (270-343) 6 de diciembre

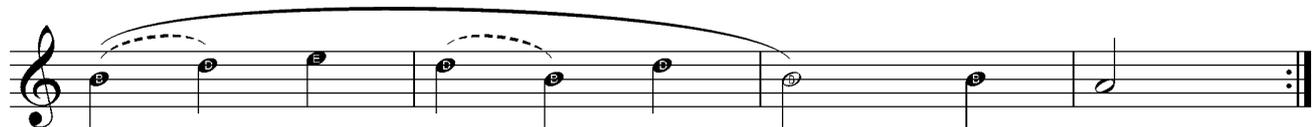
2º-3º

Música: W. Wunsch

Letra: Vicente García S.



1. Muy ge - ne - ro - so, Ni - co - lás, o -  
2. San Ni - co - lás, con com - pa - sión, dio a  
3. A tres mu - cha - chos, su pie - dad, de  
4. A tres don - ce - llas a - yu - dó, per -  
5. A un bar - co in - men - so en al - ta mar de  
6. a cien ma - ri - nos res - ca - tó cal -



bis \_\_\_\_\_ po fue \_\_\_\_\_ en un tiem - po a - trás.  
ni - ños y po - bres su co - ra - zón.  
muer \_\_\_\_\_ te cruel \_\_\_\_\_ los fue a sal - var.  
di - das es - ta - ban, a ho - gar lle - vó.  
gran \_\_\_\_\_ tor - me - ta fue a pre - ser - var:  
man - do las o - las con su bas - tón.

<https://ideaswaldorf.com/san-nicolas/>

La alegría había llegado por fin a cierta casa en Patara. La madre sonreía feliz mientras que la nodriza colocaba al recién nacido sobre su regazo; en tanto que otra mujer se acercaba para mirarlo. La nodriza le dijo:

*“Es un fino niño, sólo le falta un nombre.”*

Una de las mujeres preguntó:

*“¿Cómo lo llamará, señora?”*

La madre dijo sin titubear:

*“Su nombre será Nicolás”*

La nodriza colocó al pequeño bebé en una tina dijo:

*“Bueno, pequeño Nicolás, ¡vas a tomar tu primer baño!”*

De inmediato, se escucharon gritos de sorpresa de todas las mujeres; el recién nacido se había enderezado sobre el agua, y uniendo sus manos miraba hacia el cielo.

*“¡Oh, señora, mire!”*

Al ver a su hijo la madre dijo:

*“¡No lo toquen!, ¡es un milagro!”*

El pequeño Nicolás permaneció en ese éxtasis durante dos horas, mientras las asombradas mujeres estuvieron arrodilladas a su alrededor. La mirada de Nicolás lo expresaba todo; no les hubiera sorprendido que el bebé hablara, pues no hacía falta.

Tomaron al bebé con cierto temor para bañarlo y vestirlo, tratándolo como si fuera alguien que ya supiera tanto de estas costumbres como ellas.

Y entonces, con sabiduría divina, cuando la nodriza tomó al bebé entre sus brazos para amamantarlo, éste volteó la cabeza negándose vigorosamente a que tan siquiera una gota de leche pasara por sus labios, hasta que el sol hubo desaparecido.

Y todos aquellos que habían estado tan atareados todo ese día, se sentaron a comer también.

*-“¡Mi pequeña maravilla!”*

gritó la nodriza cargándolo en la forma que suelen hacerlo las nodrizas, aunque pocas nodrizas habían tenido la oportunidad de cargar a un niño tan maravilloso como ese, quien ya al nacer pudo orar y ver hacia el cielo desde su bañera.

Nicolás creció amando todas las cosas pequeñas. Sus padres, gente rica de Patara en Licia, estaban en posibilidad de dar al niño más de lo que él necesitaba en juguetes, dulces, dinero, y comida en su mesa.

Algunas veces, aquellos que tienen demasiado no pueden ver las necesidades de aquellos que tienen poco, pues la riqueza entorpece su mirada, manteniéndolos alejados de los pobres. Pero cuando, como Nicolás, tienen corazón sensible, mantienen abiertos sus ojos y pueden ver la diferencia entre los ricos y los pobres.

Al morir sus padres, Nicolás se encontró con que era un hombre joven, con una gran fortuna que no deseaba gastar en sí mismo.

¿Cómo gastarla entonces?

Algunos de sus amigos le habría ayudado con gusto a derrocharla, pero él ni siquiera lo pensó. No había en él o en su casa señal alguna de extravagancia por su riqueza, y fue así que lo que hizo con su fortuna permaneció en secreto, y así se conservó hasta el fin de su historia. Sin embargo, bien puede decirse que, aunque Nicolás no sabía cómo invertir sus riquezas mundanas, si pudo en cambio elevar sus pensamientos hacia la riqueza que hay en el cielo permitiendo que el éxtasis que lo embargó al nacer, nunca se separara de él, con lo cual pudo convertirse en servidor de Dios.

Su mayor deseo fue entonces ver Tierra Santa con sus propios ojos, de suerte que partió en barco desde Licia hasta Alejandría, de cuyo gran puerto partiría hacia Jerusalén. Durante el viaje, se desató una gran tempestad, y los marineros estaban asustados. El capitán daba órdenes en medio de la tormenta, y los hombres hacían un gran esfuerzo por obedecerlas, pero el barco se estremecía de tal forma que parecía que se iba a quebrar.

Los hombres del barco eran insuficientes y en medio de ese tumulto una luz hizo que Nicolás se arrodillara para rezar; sus ojos se elevaron hacia el cielo, pensando que las olas que mojaban sus vestidos eran las mismas aromáticas aguas de su primer baño.

*-“¡No nos podemos pasar la tormenta rezando, padre!” - gritó el capitán,*

*-“Mejor déjeme atarlo a un mástil.”*

Pero tal como Nicolás pidió, el viento se aquietó, el negro cielo se tornó azul, el revoltoso mar se convirtió en una hoja de seda y los rayos y truenos en la luz clara del sol.

Los marineros gritaban de alegría y Nicolás dijo:

*“Nada pasará si oramos para que no suceda.”*

El maravillado capitán dijo:

*“Díganos su nombre, padre.”*

Él respondió con sencillez: “Nicolás”

El capitán se dirigió a su tripulación:

*“¡Recordémoslo bien! Y si alguna vez volvemos a estar tan cerca de la muerte como hoy, invoquemos el nombre de Nicolás.”*

Y desde entonces así lo hicieron los marineros, y así siguieron haciéndolo cuando Nicolás murió. Muchos de los que oraron pidiendo ayuda durante alguna tormenta juraban haber visto al mismo san Nicolás al frente del timón del barco, elevando sus ojos hacia el cielo, protegiendo así la nave y a su tripulación de todo mal.

Y se hizo costumbre que los marineros en sus travesías armaban pequeños barcos, los equipaban y equilibraban convenientemente. Siempre antes de partir y a su regreso colocaban sus embarcaciones frente a las iglesias del puerto, en pedido de protección y acción de gracias a san Nicolás, su patrono, y salían y regresaban a casa sin temor alguno.

Los niños, que lo amaban tanto como los marineros, también lo adoptaron como su patrono. Nicolás tenía una intuición especial para conocer las necesidades de los jóvenes; sus gustos y penas eran su preocupación constante.

Sucedió una vez en Myra, cuando Nicolás ya era obispo de esa ciudad, que tres niños que andaban por el bosque de los alrededores, al verse perdidos, y ya siendo de noche, se acercaron a una posada. Llamaron a la puerta y el posadero salió. Le sonrieron amistosamente frotando sus manos por el frío.

*“Y bien niños, ¿qué les trae por aquí?”*

*“¿Qué desean a tan altas horas de la noche?”*

*“Hemos perdido nuestro camino, señor posadero.”*

*“¿Podríamos pasar la noche aquí?”*

Y el hombre respondió:

*“Desde luego niños, pero habrán de dormir sin soñar.”*

Los niños no entendieron lo que les quiso decir, pues nada malo se veía en la persona del posadero. Sin embargo, él vivía de lo que robaba a quienes llegaban a su posada; así es que

cuando los niños estuvieron dormidos él buscó en sus ropas y tomó todo lo que encontró, no era mucho, pero las ropas en sí valdrían algo. Y luego mirando a los tres niños suspiró:

-*"Son tan sonrosados y tiernos como cerditos recién nacidos.*

-*"¡Qué lástima que no lo sean!"*

-*"¡Qué delicioso asado de cerdo se haría con ellos!"*

No lo pensó mucho para hacerlo, y por la mañana, los tres pequeños estaban listos para el asado, y fue así que entonces durmieron realmente sin soñar.

Mientras tanto el obispo de Myra, Nicolás, durante la noche había tenido un sueño que lo hizo entristecerse y al mismo tiempo montar en cólera; había visto en su sueño todo lo ocurrido en la posada, y no descansó hasta que se cercioró de todo.

Ese mismo día se adentró en el bosque llevando su mitra y vistiendo su túnica; y al anochecer, gracias a que ya había visto el camino en su sueño, llegó a la posada.

Tocó a la puerta y el posadero abrió; era el mismo hombre de su sueño. Éste sonrió a Nicolás, y frotando sus manos le dijo:

-*"¡Señor obispo, es un honor tenerlo aquí! ¿En qué puedo ayudarlo, señor?"*

Nicolás dijo:

-*"He perdido mi camino en el bosque, posadero. Tengo hambre, ¿podría pasar y comer algo?"*

El posadero lo hizo pasar entonces al interior de la posada, y le ofreció una silla.

-*"¿Qué desearía su señoría?, ¿un trozo de jamón?, ¿carne de res?, ¿carne de ternera?"*

Nicolás contestó:

-*"Nada de eso, posadero. Se me ha antojado la carne de cerdo que tiene allí."*

El posadero entonces dirigió una mirada llena de temor hacia su visitante. Nicolás preguntó:

-*"¿Hay algún problema?"*

-*"¿No está aún bien sazonado el cerdo?"*

El posadero palideció de golpe.

-*"¿Será acaso que apenas anoche lo puso en el condimento para el asado?"* dijo el obispo.

El posadero empezó a temblar tanto que cayó al suelo cubriendo su cara con las manos.

-*"¡Piedad! ¡Piedad!"* exclamó, *"¡Confieso! ¡Confieso! ¡Tenga piedad!"*

-*"Ya veremos,"* dijo Nicolás.

Entonces cruzó el cuarto, elevó sus ojos hacia el cielo e hizo la señal de la cruz sobre la fuente o recipiente. La espuma del condimento del asado se movió un poco, y tres pequeñas cabezas aparecieron, un tanto adormecidas y sonrosadas, espiando al borde de la fuente.

-“¡Oh!” bostezó el primer niño, “¡Qué bien he dormido sin sueños!”

El segundo exclamó al estirar sus brazos:

-“Yo también dormí sin sueños.”

Y el tercero dijo, restregándose los ojos: “Yo soñé ... soñé que estaba en el paraíso.”

El posadero, aún en el suelo se golpeó el pecho y dijo llorando.

-“¿Qué se le podría decir al casero después de lo ocurrido?”

Mucho, quizás, pero Nicolás pensó que como nada malo puede suceder si se ora pidiendo ayuda, era mejor arrodillarse junto con los tres niños y elevar una plegaria al cielo, para que el posadero fuera perdonado del grave error cometido.

Y esta experiencia le sirvió mucho, pues nunca jamás volvió a robar nada a sus clientes.

Transcurrió el tiempo y los niños en Patara empezaron a festejar el día de san Nicolás, cuyo origen no fue únicamente el haber salvado a esos tres niños de la muerte, sino otras muchas cosas que pronto conoceremos, y que nos revelarán el secreto de san Nicolás, pues ahora si ya es el momento de conocerlo.

Había en aquella ciudad un buen hombre muy pobre, que tenía tres hijas tan bellas, que muchos jóvenes las hubieran pedido en matrimonio, pero ¡no tenían dote! Y sin dote, ninguna muchacha, por bella que fuera, podía aspirar a casarse en aquellos días.

El padre era tan pobre que ni siquiera podía dar como dote una sola moneda de plata para su hija mayor; era tan pobre que llegó el momento en que no sabía cómo seguir alimentando a sus hijas. No sabía qué hacer, si dejarlas morir de hambre, o venderlas en el mercado una por una, como esclavas de algún hombre rico.

Y su corazón se entristecía cada vez que pensaba en la suerte que correrían al venderlas. Y como las doncellas jóvenes presentían lo que su padre estaba pensando, palidecieron al sentir su mirada. No se atrevieron a hablar del asunto con él, pero entre ellas mencionaron en secreto los nombres de ciertos jóvenes a quienes amaban, y en quienes ya no deberían pensar más.

Una noche, este buen hombre se quedó sentado frente a la ventana abierta, mirando hacia el cielo, mientras una nube, al moverse, dejaba ver el brillo de la luna; pensó entonces que la luna no era más bonita que su hija mayor, aquella con la que al día siguiente él tendría que salir hacia el mercado de esclavos, pues no encontraba otra manera de salvarla de la muerte, aunque cualquiera de las dos alternativas resultaban vergonzosas, tanto como para su hija como para él.

Así pensaba, inclinándose sobre la ventana, cuando se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas, empañando así el brillo de la luz de la luna.

Y de repente, un objeto entró volando rápidamente al cuarto, y cayó justo a sus pies. Al inclinarse para observarlo, el pobre hombre se dio cuenta de que era una bolsa llena de monedas. Apenas podía creer lo que veían sus ojos cuando desató la cinta, y encontró tantas monedas de oro en la bolsa. Las colocó anhelante en pequeñas pilas. Hacía mucho tiempo que no veía tanto dinero junto. Había suficiente para la dote de la mayor de sus hijas, y él agradeció esto al cielo, pues así podría salvar a su hija de la vergüenza.

Al amanecer, le contó a la joven la buena noticia, y ella corrió alegremente a la tienda a comprar un velo de seda, un anillo, y dulces, en lugar de ir al mercado de esclavos.

Esa misma noche el joven que ella quería se presentó en la casa de su padre, comieron los dulces, y los enamorados quedaron comprometidos.

Al poco tiempo, el corazón del buen hombre volvió a acongojarse por la suerte que correría su segunda hija, que era tan bonita como el cielo estrellado que admiró aquella noche por su ventana. Al día siguiente debería llevarla al mercado de esclavos, a menos que sucediera por segunda vez el milagro. Y ¡el milagro ocurrió otra vez!

Apenas había empezado a imaginar esa posibilidad, cuando una segunda bolsa voló como pelota a través de la ventana, y al recogerla encontró que contenía tantas monedas como la primera.

El buen hombre salió corriendo de la casa para saber quién le daba tal obsequio, pero ya era demasiado tarde, pues no había nadie afuera.

Al día siguiente dijo a su segunda hija que tomara el oro, y comprara un velo de seda, como lo había hecho su hermana mayor. La joven regresó de la tienda con un fino perfume, el velo de seda, y un platón de frutas en almíbar. Y antes de que terminara el día, ella también estaba comprometida con el joven que amaba.

Transcurrió algún tiempo, y el padre comenzó a preocuparse por su tercera hija, aunque estaba menos infeliz que las veces anteriores, pues no dudaba que la buena fortuna de sus dos primeras hijas sería igual para la más pequeña, que era tan dulce como las flores que perfumaban la noche.

Pero en esta ocasión estaba totalmente decidido a descubrir al desconocido que lanzaba las bolsas, para así darle las gracias en persona. Un poco antes de que llegara la hora, el buen hombre salió de la casa, y se escondió en un rincón. Después de un rato apareció una persona cubierta con un manto, que se acercaba a la ventana para lanzar una bolsa de dinero.

En cuanto lo hizo, el padre salió de su escondite, y agarró con fuerza la capa del desconocido, y su asombro no tuvo límites al ver que se trataba del joven Nicolás, el hombre más rico de Patara. Entonces el padre se arrodilló agradecido a sus pies, y besó la orilla de su capa.

*–“Nicolás, servidor de Dios, ¿por qué te ocultas?”*

Nicolás le respondió:

-“Así lo prefiero.”

-“¡Pero así tu generosidad nunca se conocerá!”

-“¿Y para qué habría de conocerse?”

A Nicolás no le gustó que se descubriera el misterio, aun cuando hubiera sido ese buen hombre el que lo descubriera. Nicolás le dijo:

-“Prométeme amigo que no se lo dirás a nadie.”

El hombre inquirió:

-“Al menos podrá decírselo a mis hijas.”

Nicolás refutó enfáticamente:

-“¡A ellas menos que a nadie!”

-“Si he elegido hacer cosas que hagan felices a los jóvenes, como es el darles algunos regalos, ese es asunto mío.”

Y el hombre insistió:

-“¿Y no vas a entrar para permitirles agradecértelo personalmente?”

Y Nicolás respondió:

-“Prefiero que no me vean.

-“Ayúdame a mantener el secreto, buen hombre.”

El padre prometió hacerlo. Al día siguiente, la más joven de las niñas fue a la tienda, y compró un velo de seda, un collar, y pasteles de almendra. Y ella también quedó comprometida. Pero los secretos pronto se conocen. Sin duda, las tres muchachas felices habrán rodeado a su padre, abrazándolo le repitieron muchas veces la misma pregunta:

-“¿Quién, padre, quién?”

-“¿Quién me dio la bolsa de oro?” “¿Quién, padre, quién?”

-“¿Quién me dio el velo de seda?” “Querido padre, ¿Quién?”

-“¿Quién hizo posible que yo tuviera a tan apuesto marido?”

-“¿Quién nos dio los dulces, la fruta, el perfume y todo lo demás?”

-“¿Quién? -“¿Quién? -“¿Quién?,”

lloraban las jóvenes como pajaritos pequeños. De modo que al fin el padre les dijo:

-“¡Está bien!, se los diré si prometen no decir una sola palabra a nadie.”

Lo prometieron de inmediato, pero luego lo dijeron a otras personas, así que todas las niñas y niños en Patara se preguntaban si Nicolás los visitaría también a ellos para llevarles regalos.

Y, tal vez los padres, que deseaban dar sorpresas a sus hijos, eran quienes les dejaban dulces en sus zapatos mientras dormían, y a la mañana siguiente los niños se decían unos a otros:

*-¡Oh, mira, mira lo que Nicolás me ha traído!"*

Y así fue como empezaron a dejar sus zapatos afuera de sus puertas, para que aquel generoso hombre, que prefería no ser visto, les llevara algo.

Debe haber sido, sin duda, de Patara, en Licia, hace mucho tiempo, de donde salió la costumbre para extenderse hasta Asia Menor, y llegar después a toda Europa y luego, pasando a través de los océanos, llegar a continentes lejanos.

El caso es que la costumbre continúa hasta nuestros días, aunque ahora los pequeños zapatos se han cambiado por medias, pues a las medias les cabe el doble de lo que a los zapatos, y aun así siempre las encuentran bien llenas de regalos, pues la bondad de Nicolás no tiene límite, al mostrar su generosidad en secreto, que es lo que él prefiere.

Aportación de Luz Zalles